

Español internacional e

internacionalización del español

Federico Reyes Heróles

Afirma Federico Reyes Heróles que no podremos decir que nuestra lengua ha cumplido su misión mientras que en nuestros países pervivan seres humanos aislados del mundo por desconocer ese deslumbrante puente de entendimiento que es el español. Hay que atravesar fronteras e insistir en aprehender nuestra riqueza lingüística hasta lograr un español internacional que nos sea común. “La herencia de nuestra poderosa lengua —dice— es el rumbo final que nos marca la rosa de los vientos”.

“Era entonces la tierra de un solo lenguaje y de unas mismas palabras”. Esto es antes de la Torre de Babel. Sólo por venir de la Biblia, *Génesis* (XI, 1.), se puede dar a la expresión algún crédito, mitológico en todo caso. Porque de allí en adelante cualquier versión terrenal del lenguaje tendrá que aceptar a la diversidad como origen y destino, pero sobretodo como presente locura vital. Ni las epidemias del más radical chovinismo lingüístico apoyado con frecuencia en dictaduras y regímenes autoritarios, Trujillo por ejemplo, ni las furias puristas de inútiles sables conceptuales han podido impedir esa apasionante marcha del hombre sobre el hombre mismo. Es una marcha rebelde que, sin preguntar, se apropia de la principal herramienta del otro: la palabra. ¿Por qué lo hacemos? Se pierde identidad lingüística, gritamos

con preocupación, pero el ánimo suicida nunca ha invadido a la generalidad. ¿Por qué de nuevo?

Sin pausa, en los hechos, a diario, el ser humano nos recuerda que al final del día el lenguaje está al servicio de la vida y no viceversa. Con ánimo de simple provocación recuerdo tres de las motivaciones centrales para ir a la caza de las palabras del otro. Primero la designación de lo nuevo: la expresión restaurante en boca de un hombre maya de mi país es para él la designación de lo nuevo, pero igual ocurre con *microchip* y nanotecnología en la vida diaria de cualquier ciudadano latinoamericano. La novedad puede ser sólo para uno o ser novedad universal. Segundo motivo, la rapidez que a decir de Calvino es sino de los tiempos que vivimos. Decir, pero decir rápido. Y, finalmente la ignorancia, el desconocimiento de

la propia para enfrentar la vida siempre nueva. Lo nuevo y la rapidez no me inquietan, sí la ignorancia.

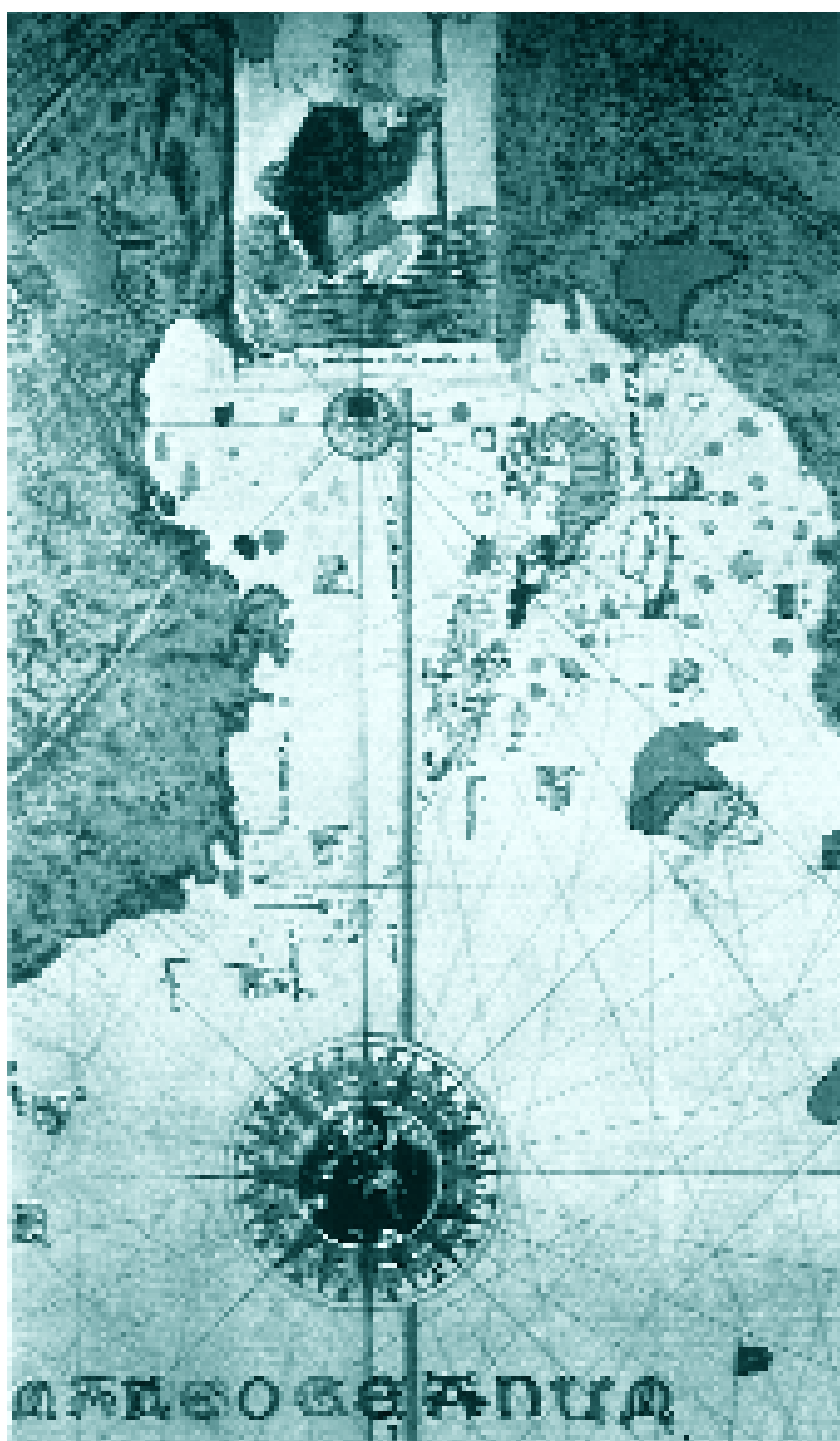
Pero ese frenesí también trae pérdidas irreparables. Usar lo ajeno por ignorar lo propio es quizás el límite. ¿Cómo quedarse con lo mejor de los otros sin perder lo propio? Las infinitas raíces arábicas de aljibe o alberca o las andaluzas o las indígenas, propias de las etnias locales, tocayo, cacique o butaca, todo se vale sin traicionar por ignorancia aviesamente al castellano, ese es el reto. Pero hay algo que no cuadra en la relación entre el lenguaje y el estado. El estado-nación es un bebé, un niño, quizás un pibe, si lo comparamos en edad con nuestro idioma. Nuestros países son aventuras recientes comparadas con el idioma de Castilla. Cuando hablamos de internacionalización imaginamos un cruce de fronte-

ras. Éste puede ser oficial o subrepticio. Pero esa es sólo la superficie del apasionante fenómeno. La mayor internacionalización siempre ha ocurrido entre naciones, es decir, entre grupos humanos que no tienen un continente formal, que no forman un estado-nación. Los números no dejan escapatoria. A principios del siglo xx había alrededor de sesenta estados-nación. La cifra se triplicó. Iniciamos el xxi con ciento noventa y tres. ¿Cómo explicarlo? La descolonización por un lado, es cierto, pero por otro también están las reivindicaciones étnicas, culturales, del lenguaje.

De nuevo los números no permiten escapatoria. Sin alegar demos por válida la cifra de seiscientas lenguas vivas y cinco mil etnias, es decir, grupos humanos con ánimo de diferenciación cultural. En aritmética plana a cada nación corresponderían tres lenguas y veinticinco etnias. Solamente en México existen más de cincuenta lenguas vivas, sin embargo, buena parte de ellas está condenada a la extinción. Los grupos humanos que las portan se empequeñecen en términos reales y absolutos. El español, este español abierto a América pero consciente de los riesgos del desfiguro, sigue teniendo frente a sí la fantástica responsabilidad de convertirse en una verdadera lengua franca entre el guaraní, el quechua, el ñañú pero también el español cubano de Miami, el puertorriqueño de Nueva York o el mexicano de Chicago o Los Ángeles. ¿Es éste un trabajo diplomático? Sí, por supuesto, y algunas metas son claras, el bilingüismo en el norte del Río Bravo. Pero sobre todo es un trabajo para que nuestros países atiendan a sus naciones en sentido étnico, incorporando su riqueza de manera ordenada, cuando ello es posible. Pero el otro lado de la internacionalización consiste en consolidar un lenguaje verdaderamente común. En ello el *Diccionario Panhispánico de Dudas* puede jugar un papel señero de amable puerta de entrada al inevitable código más o menos común que supone toda lengua. Decía Ortega y Gasset que: “Lo que hace problema a un problema es contener una contradicción real”.

Por allí llegamos a una versión del español internacional: aquél que sea capaz de abrazar a las múltiples naciones que pugnan por su identidad pero que corren el peligro de caer en el soliloquio. Ése es el riesgo de vanidad y soledad. No se trata de una eutanasia de las lenguas originales, por el contrario, se trata de capturar esa riqueza lingüística y, a la par, tender un puente sólido y riguroso hacia ese continente mayor que siempre ha sido el español. El peor de los mundos sería aceptar el desfiguro como punto de encuentro.

Hay una última distinción obligada. Montañas se han escrito sobre la vocación natural de las lenguas. El lugar común es afirmar al alemán como el idioma de la filosofía dada la facilidad de construcción conceptual que brinda. Pero esos argumentos con frecuencia pare-



Mapa de Juan de la Cosa, 1492



Ruta de la expedición de Magallanes, 1545

cieran no tener estructura ósea. ¿Cómo sostener que el griego de hoy haya perdido su vocación filosófica? Pero el fenómeno es real: ni hablar, la producción filosófica se trasladó del griego y del latín al inglés, parcialmente al francés y por supuesto al alemán. Y el español ¿dónde queda en esto? No basta con la fácil salida de afirmar que es el idioma del amor. Quizás entonces estemos imputándole al lenguaje lo que no es su responsabilidad. Tomemos otro enfoque. Recientemente el poeta Jaime Labastida recordaba que Francisco Suárez era español y cómo fueron los jesuitas los que lo lanzaron al orbe. El italiano Tomás de Aquino fue divulgado por los dominicos. Agustín de Hipona, ese gran latino-africano, fue adoptado por los franciscanos. Descartes y Leibniz huyeron de sus idiomas madre y escribieron en latín. O sea que el asunto de la lengua original explica poco. Quizá lo que ocurre es que hemos descuidado la filosofía en nuestra lengua y por eso nos alejamos de la creación conceptual.

Si la filosofía es el camino a lo universal, me pregunto, ¿cuáles son nuestras principales cartas para recuperar nuestros orígenes greco-latinos? ¿Cómo podemos pretender que nuestros pensadores accedan a la producción

universal en nuestro idioma, al esfuerzo del concepto del que hablaba Hegel, cuando en nuestras universidades esas raíces están prácticamente olvidadas? No se trata entonces del idioma en sí sino de la actividad intelectual que producen los términos universales. ¿Qué tanto estamos invirtiendo y explotando lo que son nuestros orígenes filosóficos? No es coincidencia que la enseñanza de la riqueza grecolatina sea permanente y muy amplia en Alemania y Francia. Tampoco es coincidencia que muchos de los principales centros de investigación filosófica estén en los Estados Unidos. De qué nos asombramos cuando leemos en Popper o en Berlín o en Habermas o en Nozick desprendimientos de la filosofía grecolatina que nosotros hemos descuidado.

Decir latino hoy, para la gran mayoría de los jóvenes de nuestras naciones, remite a una actitud alegre, de fiesta a ritmo tropical. Pero, y nuestros sabios, Cicerón, Virgilio, Horacio, Séneca, Juvenal y ¿por qué no, Sor Juana? por recordar sólo algunos, todos aquellos que accedieron a lo universal por los senderos originales de nuestra lengua, ¿qué estamos haciendo como esfuerzo articulado y consistente para ser dignos herederos de su tradición? Heredar es portar, es suceder, es ocupar con

...la internacionalización consiste en consolidar un lenguaje verdaderamente común.



La India de Gerardus Mercator, 1537

dignidad un espacio. Heredípetas es el que se apropia de lo que no es suyo. ¿Cómo denominar a quien desprecia una herencia?

Un español internacional, común entre nuestras naciones, no sólo es una estrategia de política cultural sino un acto civilizador que está en nuestra lista de dolorosos pendientes. Mientras en nuestros países pervivan seres humanos aislados del mundo por desconocer ese deslumbrante puente de entendimiento entre ellos y las naciones que es el español, no podremos decir que nuestra lengua ha cumplido su misión. Pero la internacina-

lización sólo es el primer paso. Regresar a nuestra universalidad, a las ideas-fuerza que alteraron el curso del mundo, pienso en justicia, igualdad, ley, todas en nuestro pasado latino, en la herencia de nuestra poderosa lengua, es el rumbo final que nos marca la rosa de los vientos. Sólo la fuerza de lo universal se impone a la inevitable vanidad de lo nacional. **U**

El presente texto fue leído en el III Congreso Internacional de la Lengua Española el 19 de noviembre de 2004 en Rosario, Argentina.

Un español internacional, común entre nuestras naciones, no sólo es una estrategia de política cultural, sino un acto civilizador...